

Marta Serra Frediani

EL PSICOANÁLISIS EN SINGULAR

Un recorrido



© Marta Serra Frediani, 2021

© De la imagen de cubierta: Jacques Reverdy

Cubierta: Juan Pablo Venditti

Primera edición, marzo 2021

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Ned ediciones, 2021

Preimpresión: Fotocomposición gama, sl

ISBN: 978-84-18273-32-2

Depósito legal: B.3303-2021

Impreso en PodiPrint

Impreso en España

Printed in Spain

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del *copyright* está prohibida bajo el amparo de la legislación vigente.

Ned Ediciones

www.nedediciones.com

A Guy,
mi compañero de viaje y cómplice en la vida

ÍNDICE

I. El psicoanálisis. Por qué y también cómo	13
II. Vaivén. El testimonio inicial	31
III. Variaciones: ¿cómo arreglárselas con lo real?	47
1. El cuerpo y sus avatares	49
2. Declinaciones de la feminidad	63
3. Goce(s) de la maternidad	77
4. Vida, muerte, sexualidad	89
5. Angustia y real	103
6. De lo que hay a lo que se inventa: verdad y mentira ...	113
7. Un sueño es un despertar que empieza	123
8. Sueños de transferencia	133
9. El lugar y el deseo del analista	147
10. El psicoanálisis y la Escuela	157
IV. La transmisión de la enseñanza del psicoanálisis	167
Agradecimientos	175

¿A cada uno su verdad? En modo alguno. Un psicoanálisis se define por el mantenimiento de condiciones formales estrictas, que rigen presencia y palabra. Pero la estructura no es el instrumento. El instrumento es el analista. Opera consigo mismo, con lo que queda de ese «él mismo» al término de su análisis. Debe haber aprendido a servirse de ese residuo, denso núcleo de su goce. Reinventar el psicoanálisis, para un analista, supone sin duda reinventarse a sí mismo. El pase es esa reinvención.

J.-A. Miller, *Un comienzo en la vida: de Sartre a Lacan*¹

1. Miller J.-A., *Un comienzo en la vida: de Sartre a Lacan*. Madrid, Síntesis, 2003, p. 14.

I

**EL PSICOANÁLISIS.
POR QUÉ Y TAMBIÉN CÓMO**

Cotidianamente constatamos que el psicoanálisis sigue estando en concordancia con las cuestiones fundamentales que se le plantean al ser humano, incluso en este siglo XXI. Ni la evolución del mundo, ni las perpetuas amenazas que se le han dirigido desde que Freud lo inventó han logrado impedirle hacerse escuchar. En gran parte se lo debemos a Jacques Lacan, quien —en lo que él llamaba su retorno a Freud— supo devolverle al psicoanálisis su filo cortante, con su enseñanza innovadora, siempre centrada en la práctica, y con su interpretación de la época, abierta a proyecciones de las que permanentemente medimos su acierto y su pertinencia.

A partir de Lacan, la orientación dada por Jacques-Alain Miller ha permitido que el psicoanálisis siga siendo de una actualidad viva. Desde el *sujeto* freudiano hasta el *parlêtre* lacaniano, la vía del psicoanálisis persiste en darle la posibilidad, si así lo decide, de existir a partir de su singularidad y no quedar reducido a la expresión de sus comportamientos en una sociedad cada vez más indexada por lo útil y la inmediatez.

En este sentido se puede decir que el psicoanálisis, tanto por lo que permite a quien se compromete con él como por las reflexiones que aporta sobre el mundo actual, concierne a un público muy amplio, que va mucho más allá de un círculo restringido de supuestos iniciados: el psicoanálisis le habla a su época.

Constatamos también que el mundo en el que evolucionamos y practicamos cambia y, en consecuencia, el ejercicio del psicoanálisis también. Por ello, sin nostalgia alguna, debemos inscribirnos de

manera resuelta en el siglo en el que vivimos. Es una toma de posición sobre el porvenir, una orientación hacia una renovación de «[...] nuestra práctica en el mundo, él mismo bastante reestructurado por [...] dos discursos: el discurso de la ciencia y el discurso capitalista».¹

Ciertamente el psicoanálisis es una práctica, una práctica de la palabra, pero es también una experiencia subjetiva única en el curso de la cual se producen transformaciones radicales en el analizante. La idea de este libro surge a partir de la convicción de que la transmisión de esa experiencia —en lo que tiene de más vivo y también de más íntimo— es capaz de producir efectos de enseñanza sobre la aventura sin igual que sigue siendo el psicoanálisis en el siglo XXI.

Algo de historia

Hace más de ciento veinticinco años que Freud inventó el psicoanálisis. Sus propuestas sobre el inconsciente no tuvieron que esperar mucho para despertar fuertes controversias y claras oposiciones. Las noticias que él traía sobre la conformación psíquica que condiciona la vida entera de los seres humanos, sin contar en absoluto con su conciencia y su voluntad, no fueron bienvenidas en la sociedad de su época, y menos aún el papel crucial de la sexualidad ¡no sólo en los adultos sino también en los niños!

Sin saberlo el propio Freud, la práctica que puso en marcha a partir de su encuentro con la histeria fundó un *discurso*. Lo cual significa que toda la teorización que fue organizando con lo que la clínica le presentaba no sólo fue materia prima para sus propios trabajos, sino que introdujo, además, la posibilidad de que muchos otros siguieran produciendo en torno a las hipótesis y los conceptos que él avanzó. Y ello, hasta hoy y para mañana.

1. Miller, J.-A., «Un real para el siglo XXI», Presentación del tema del IX congreso de la AMP, *Scilicet*, Grama, Buenos Aires, 2014, p. 17.

Jacques Lacan se sumó a este discurso y sus propuestas —inventivas, complejas, polémicas— también toparon con el rechazo de la sociedad, en su caso particularmente encarnada por la Sociedad Psicoanalítica Internacional de los posfreudianos. En consecuencia, fue expulsado de la misma, pero este hecho no acabó con su enseñanza sino todo lo contrario, le dio alas.

En 1964, fundó su escuela, la Escuela Freudiana de París, EFP, diciendo «tan solo como siempre lo estuve en mi relación con la causa psicoanalítica...»² y desde ella prosiguió un trabajo cuya proyección y actualidad no ha disminuido en absoluto, manteniendo siempre un interlocutor privilegiado, Freud.

Si Freud contaba con tres instancias psíquicas —el ello, el yo y el superyó— para dar cuenta de cómo se organiza una vida inconsciente de sujeto, Lacan también tenía «sus tres»³ —lo simbólico, lo imaginario y lo real—, los tuvo desde muy pronto, dado que fueron ya el título de una conferencia dictada en 1953, pero le tomó más de veinte años alcanzar a anudarlos en lo que llamó *sinthome*.

¡Veinte años! Sí, una enseñanza lleva tiempo. Empieza con algunos puntos de apoyo más o menos fuertes y, a partir de ahí, necesita ser construida, con avances y retrocesos. Aparecen contradicciones, surgen paradojas, momentos de *impasse*, cada cuestión aparentemente resuelta puede generar nuevos interrogantes, la reformulación es constante, se requiere también inventar...

En cierto modo, la enseñanza de Lacan siguió los mismos vericuetos que se recorren en toda experiencia analítica, no por nada él mismo afirmaba que, frente a su auditorio, siempre estaba en posición analizante.

El 9 de octubre de 1967, para hacer frente a la esclerosis que estaba afectando a la práctica y la reflexión del psicoanálisis, Lacan dirigió una

2. Lacan, J., «Acto de fundación», *Otros escritos*, Paidós, Buenos Aires, 2012, p. 247.

3. Lacan, J., *El Seminario, libro 27*, «Disolución», «El Seminario de Caracas, Obertura del Encuentro de Caracas», del 12 de julio de 1980. Publicado en *Escisión, Excomunió, Disolución*, de J.-A. Miller, Paidós, Buenos Aires, 1987, pp. 264-267.

propuesta inesperada y rompedora a todos aquellos que le habían seguido a su Escuela.⁴ Les propuso adoptar un dispositivo inventado por él —el dispositivo del pase— y requería que fuera aceptado porque tan sólo podía ser operativo si había miembros dispuestos a sostener los distintos lugares que comportaba: pasadores, pasantes y cartel del pase.

Lo que él esperaba de este dispositivo era la demostración de que el paso de analizante a analista no se produce por identificación con el analista, ni por acumulación de saber epistémico, ni por nombramiento jerárquico, ni por tener una amplia y demostrada práctica con analizantes, sino que un analista es única y exclusivamente producto de un análisis llevado hasta su término. Así lo decía Lacan: «La terminación del psicoanálisis llamado en forma redundante didáctico, es, en efecto, el paso del psicoanalizante al psicoanalista».⁵ Por tanto, el pase debe permitir investigar sobre dos interrogantes cruciales: ¿cuándo hay analista? y ¿qué es el fin de análisis?

El pase no es una obligación, es una oferta a disposición de cualquier analizante que considere haber finalizado su análisis y quiera dar cuenta de ello. Quien acepta esta propuesta, el *pasante*, presenta el testimonio de su experiencia analítica a dos *pasadores* que más tarde lo transmiten a un jurado llamado *Cartel del pase*. Si el jurado considera que hay índices de un final de análisis, el pasante será nominado *Analista de la Escuela* y durante tres años se comprometerá a desarrollar una enseñanza que, tomando como base su recorrido analítico —esto es, lo más singular, personal y subjetivo de la experiencia de un análisis— intentará aportar alguna luz sobre la experiencia analítica en general y sobre los problemas cruciales del psicoanálisis.

Sin embargo, en la época de Lacan el beneficio de las enseñanzas del pase llegaba sólo a un reducido grupo de analistas. Fue J.-A. Miller quien supo convertir este trabajo de Escuela en una reflexión sobre los avances del psicoanálisis abierta a un público más amplio: analistas,

4. Lacan, J., «Proposición del 9 de octubre de 1967», *Otros escritos*, op. cit., pp. 261-279.

5. *Ibid.*, p. 270.

analizantes y también todos aquéllos que, simplemente, se interesen por lo que este discurso tiene para decir. Es como una transferencia previa al psicoanálisis.

Encontrarse con el psicoanálisis

Habiendo hoy día tal cantidad de ofertas para quienes sufren algún tipo de traspie y buscan una manera de sostenerse en la vida, ¿cómo es que muchos siguen eligiendo el psicoanálisis? Diría que esta elección siempre viene precedida de alguna forma de encuentro, un encuentro imprevisto con un saber —unas frases en un libro, una conferencia, un comentario, una emisión radiofónica, etcétera— que produce un impacto especial por algo preciso: no se trata de un saber general sobre el mundo y quienes lo habitan sino de un saber muy concreto referido a algo íntimo de uno mismo. Dicho saber le habla al sujeto y le habla de él, aunque no entienda lo que le dice.

Analizarse ha sido muy a menudo calificado como una actividad para intelectuales, o se ha relacionado con el hecho exclusivo de querer llegar a ser uno mismo practicante. Sin embargo, el único argumento requerido para embarcarse en un análisis es que algo no vaya bien, y no vaya bien —lo que es fundamental— a juicio de la persona misma, independientemente de lo que piense cualquier otro. Las personas se analizan porque consideran que su vida no es como debiera y sufren. Sin esto, no hay motivo suficiente para aceptar a alguien en análisis.

Lo llamativo es que, en general, desde fuera suele verse muy clara cierta complicidad inconsciente del sujeto con su propio malestar, dado que si algo le hace sufrir ¿por qué sigue haciéndolo?, ¿por qué no se aleja de lo que le daña? Por supuesto, las soluciones a aplicar parecen sencillas cuando se trata de los demás, pero si es uno mismo, la cosa cambia. Precisamente, llegar a formularse este interrogante aplicado a uno mismo puede ser el empuje final requerido para decidirse a buscar un analista.

La cuestión es que el psicoanálisis no funciona por simple indicación o prescripción; no es un tratamiento al que bastaría que el sujeto consienta, sino que requiere un compromiso importante por su parte, dado que lleva aparejado un trabajo en el que nadie puede sustituirlo. Se ve especialmente claro con los niños: los padres pueden elegir a un analista para que le escuche respecto a algo que ellos consideran que no va como debiera en su hijo, pero la experiencia sólo podrá funcionar si él mismo logra implicarse y hacérsela suya.

No es raro que el encuentro con el psicoanálisis se produzca mucho tiempo antes de la demanda efectiva a un analista; es cierto que a veces no se dan aún las condiciones de posibilidad por distintos motivos, pero otras veces el proyecto de analizarse puede mantenerse como perspectiva desplazada, una y otra vez, incluso durante años, a un momento futuro. Los argumentos pueden ser variados, pero de alguna manera funcionan como justificación para no decidirse a tomar cartas en el asunto de cambiar algo de la propia vida.

Iniciar un análisis

Está claro que para que un análisis pueda empezar, además del encuentro con el discurso analítico también se requiere encontrar a quien, concretamente, vendrá a encarnar ese discurso, ese saber: un psicoanalista.

Pero no es sólo porque uno vaya a ver a un psicoanalista y le plantee su demanda, no es por ir a su encuentro y mantener entrevistas con él que ya se puede considerar el análisis en marcha. Algo tiene que suceder para que la transferencia se active y el analista empiece a ocupar realmente el lugar requerido por el análisis.

¿Qué sucede en esas entrevistas preliminares? De entrada, quien acude al analista con una idea más o menos clara de lo que quiere plantear puede verse sorprendido por algo de su propio decir cuando —dejado por el analista en manos de la invitación imperativa «Vamos,

diga cualquier cosa [...]»⁶ o bien intentando reaccionar respecto a un inesperado producido por una intervención del analista— se escucha a sí mismo hablando de algo muy distinto de lo que pensaba enunciar, algo que no había previsto abordar y que, pese a que no le resulte evidente, está relacionado con su sufrimiento.

Por eso, que a esa regla fundamental —decir todo lo que a uno le pase por la cabeza— Freud la nombrara «asociación libre» es francamente paradójico, dado que, precisamente, la experiencia que uno lleva a cabo muy pronto durante las entrevistas es que hay cosas que se imponen en su propio discurso más allá de su voluntad y que, además, resultan constituir un saber que él mismo no sabía saber. Por eso hay todo un tiempo de trabajo preliminar al análisis para que se alcance lo que Lacan llamó «rectificación subjetiva»,⁷ momento dialéctico que produce el acto del analista y que implica un cambio en la posición del sujeto respecto a su saber inconsciente, un saber que es solamente *supuesto*.

Ya Freud nos enseñó que la queja sobre el mundo en general, o sobre los desastres en las relaciones con otros que comparten el mismo espacio y tiempo, o incluso sobre lo que en el cuerpo propio no responde como se desea, debe ser reconducida a la responsabilidad del propio sujeto. Éste, por más que no sea artífice de lo que le llega en la vida, siempre lo es de la interpretación que le da y de las respuestas que produce; razón por la cual Lacan sostenía que «de nuestra posición de sujeto somos siempre responsables».⁸

Así, un malestar subjetivo sólo puede ser considerado *síntoma analítico* cuando la demanda de ser liberado de él muta a una apuesta de saber en la transferencia referida al *analista supuesto saber*. Cuando el sujeto empieza a abordar ese sufrimiento sin sentido y sin satisfac-

6. Lacan, J., *El Seminario, libro 17, El reverso del psicoanálisis*, texto establecido por J.-A. Miller, Paidós, Buenos Aires, 2008, p. 55.

7. Lacan, J., «La dirección de la cura», *Escritos 2, Siglo XXI*, México, 1984, p. 581.

8. Lacan, J., «La ciencia y la verdad», *Escritos 2, op. cit.*, p. 837.

ción, resulta que en él hay algo que le concierne profundamente y que además le hace distinto de cualquier otro ser hablante. Y quiere saber más, aunque a veces se resista. Entonces, si no retrocede, habrá entrado en análisis.

Si ese saber no está a su libre disposición es porque está asociado a un «no querer saber» fundamental que lo confina como inconsciente: algo en el sujeto se defiende de permitir su emergencia y lo mantiene como ajeno a sí. Esto no es algo que se resuelva en los primeros tiempos del análisis, sino que insiste e insistirá a lo largo de toda la experiencia, de forma que el acto del analista deberá mantenerse también atento a perturbar, una y otra vez, esa defensa,⁹ para evitar que se instale en las sesiones de modo crónico y produzca un estancamiento, con la sensación de que el análisis no avanza, de que no sucede nada.

Resolverse de manera decidida a adoptar la asociación libre lleva aparejadas dos creencias: la primera, que el inconsciente hará su trabajo, produciendo —puntualmente inesperado— algo en el quehacer del analizante; la segunda, que el analista sabrá atrapar al vuelo esas producciones y leerlas de una manera distinta a la habitual, con otro sentido, mediante el equívoco. Entonces, habiéndose dispuesto el sujeto a asumirse como responsable de su saber inconsciente, el análisis empezará.

Los primeros tiempos suelen ser ricos en sorpresas debido a las revelaciones de saber asociadas a lo inesperado de sus dichos en sesión y al acto del analista, y también pueden producirse efectos benéficos como consecuencia de ir encontrando las palabras que permiten formular lo que hace sufrir, las palabras que, poco a poco, dan forma al malestar informe, que lo visten para que se convierta en síntoma analítico, es decir, analizable.

9. Miller, J.-A., *La experiencia de lo real en la cura analítica*, Paidós, Buenos Aires, 2003, lección del 2 de diciembre de 1998, pp. 35-53.